

ESPAÑA  
UN ENIGMA HISTÓRICO

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

ESPAÑA  
UN ENIGMA HISTÓRICO

TOMO I



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Publicado por primera vez en Edhasa en dos volúmenes en 1956  
Primera edición: septiembre de 2021

© Herederos de Claudio Sánchez-Albornoz  
© de la presente edición: Edhasa, 2021  
Diputación, 262, 2ª1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-350-2562-1  
ISBN O.C.: 978-84-350-2564-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 7328-2021

Impreso en España

A LA REPÚBLICA ARGENTINA,  
PARA MÍ, SEGUNDA ESPAÑA

## *Nota del editor*

Cuando Claudio Sánchez Albornoz escribió la presentación de la sexta edición de *España, un enigma histórico* decidió encabezarla con un expresivo «Todavía», mediante el cual, con su habitual vehemencia, quiso subrayar tanto la continuada reedición de su ensayo como su vital tenacidad para seguir defendiéndola incluso durante toda su vida. Pocos años más tarde, recién regresado de manera definitiva del exilio, todavía estuvo a tiempo de recibir el Premio Príncipe de Asturias, en 1984, el mismo año en que definitivamente abandonó el mundo que compartimos, dejándonos esta obra como tal vez su mayor herencia. Más de noventa años atrás había nacido en Madrid, y en la segunda década del siglo xx se había formado como historiador, con las enseñanzas de uno de nuestros clásicos menos conocidos de las ciencias sociales, Eduardo de Hinojosa.

Con veinticinco años obtuvo brillantemente la cátedra en la Universidad de Barcelona y dos años más tarde pasó a ocupar la cátedra de Historia Antigua y Media de España en la Universidad de Madrid. Desde entonces, Claudio Sánchez Albornoz se convirtió en uno de los principales medievalistas españoles, uno de los historiadores indispensables en la España del siglo xx. Con una característica particular: a pesar de que las exigencias, a veces tiránicas, de su labor de investigación le pudieran invitar a ello, no se encerró en la erudición, que dominó, ni en la torre de marfil de su cátedra. Al mismo tiempo que historiador, Claudio Sánchez Albornoz fue lo que más tarde dio en llamarse un «intelectual comprometido». Se involucró de buena gana en la oposición a la dictadura del general Primo de Rivera y no

sólo se integró activamente en la militancia republicana; instaurada la segunda República, accedió a sacrificar buena parte de su tiempo en responsabilidades de gestión política, primero en la comisión de Instrucción Pública, que presidió entre 1931 y 1933, y, aunque por breve tiempo, como ministro de Estado en los meses finales de 1933. Esa carrera, que ya era importante, o simplemente sus esperanzas, se vio trágicamente interrumpida, como la de muchos otros españoles, por la guerra civil. Claudio Sánchez Albornoz se vio forzado en 1936 a emprender el camino del exilio, pero no para lavarse las manos ante la tragedia española. Cuando en 1939 acabó la guerra, decidió, por su propia voluntad, mantener el exilio y unir su suerte personal a la de los vencidos obligados a huir de su propio país. Una decisión, conforme a su talante, nada pasiva, hasta el punto que entre 1959 y 1970 accedió a desempeñar la presidencia de la República en el exilio; una dignidad para entonces sin ningún tipo de premio, ni siquiera político, y sí con más de un inconveniente.

Instalado en Argentina desde 1940, rehízo en la que consideró su segunda España su carrera historiográfica. Ocupó desde 1942 una cátedra en la Universidad de Buenos Aires y desde ella reanudó su labor docente y sus publicaciones sobre la historia medieval española. El grueso de su obra investigadora y sus ensayos históricos lo trabajó en el exilio, pero no fue un producto de exilio, extrañado del país al que no regresó hasta cuarenta años después de haberlo dejado. Su tema de estudio siguió siendo siempre España, y quiso defender de ella una visión no doliente, sino optimista, de futuro; convencido de que el ciclo histórico, que en aquellos momentos estaba dando las vueltas más nefastas para su patria, no dejaría de invertirse para recuperar de nuevo la dinámica positiva que él mismo había conocido en el inicio de su madurez como historiador. Ese vitalismo optimista fue uno de los factores que lo llevó a responder, en cuanto lo conoció, al ensayo de Américo Castro, *España en su historia*, publicado en 1948 también desde el destierro, en el caso de Castro en Estados Unidos. Castro quiso encontrar en las expulsiones de los judíos y de los moriscos, pero sobre todo en la de los primeros, en los inicios de la edad moderna, la clave del ineluctable destino decadente de España, que habría traicionado con ellas la esencia de su

realidad histórica, forjada según él en la Edad Media, precisamente por la aportación fundamental de las dos culturas semíticas, la hebrea y la musulmana. En plena posguerra mundial, con el eco fresco todavía de las denuncias del genocidio nazi y los procesos de Nuremberg, la hipótesis de Castro apareció como terriblemente oportuna. Incluso pudo ser una coartada parcial para alguna intelectualidad de la Europa democrática con mala conciencia por el doble abandono que ésta había perpetrado contra la España democrática en 1936 y en 1945. Los españoles eran imposibles, así lo venían demostrando reiteradamente desde el siglo xv, y no había que darle más vueltas. Un puesto que parecía merecer históricamente la dictadura de Franco que entonces soportaba.

La respuesta de Claudio Sánchez Albornoz, tan vehemente como brillante a la propuesta de Américo Castro, la puede conocer el lector en las páginas de esta edición de *España, un enigma histórico*. Para Sánchez Albornoz, la obra de Castro tenía una tara fundamental: no se correspondía con la verdad histórica, y el debate sobre la «realidad» o el «enigma» de la historia de España había de devolverse por entero al terreno de la historia. Por ello su réplica fue vehemente, pero también erudita, cargada de razones concretas que dan a su gran ensayo de síntesis de la historia española un valor que sobrevive al momento de la polémica con Américo Castro, que va más allá de las filias y fobias, la filosofía de la historia y la concepción de España que el propio Sánchez Albornoz pudiera tener. Resumirla en una fórmula de contrarréplica a las tesis de Américo Castro sería traicionar la propia intención de Claudio Sánchez Albornoz y, sobre todo, el producto de esa intención. Hay que leerla.

La polémica con Américo Castro fue en gran parte una polémica de transterrados, pero que puso un contrapunto inolvidable a la prohibición de toda polémica real —es decir, de pluralidad— que dominaba en la España sometida a la dictadura de Franco de los años cuarenta y cincuenta. En sí misma, la propia historiografía española, y sobre todo el devenir histórico de España en el último cuarto de siglo, la han convertido en un hito del pasado, recordado sólo por los especialistas. Sin embargo, las obras que la protagonizaron, y de manera muy particular la de Claudio Sánchez Albornoz, quedan como

una referencia indispensable sobre la reflexión y la interpretación de nuestra historia en el siglo xx. *España, un enigma histórico* es un clásico, y como todos lo clásicos no puede dejarse en el olvido, ha de estar siempre a mano, a disposición de todo el que nunca se contente con falsas certezas, las que sean, y prefiera, parafraseando a Sánchez Albornoz, la audacia de la duda y la interrogación constante. Desde la última edición, de 1977, han surgido nuevas generaciones de lectores que se merecen el derecho a acceder también a este ensayo.

Con esta reedición Edhasa quiso abrir en su momento con todos los honores una línea de publicaciones de ensayos y monografías históricas, con la voluntad de que fuera de pleno interés para el público en general y no sólo para un público especializado. Y a día de hoy creo que lo conseguimos. «La historia es la hazaña de la libertad y la libertad es la hazaña de la historia», ha escrito Claudio Sánchez Albornoz en uno de los prólogos a este libro. Por ello es imprescindible que la Historia —con mayúsculas pero sin artificio elitista—, no las historias o las historietas, sea también una lectura normal, habitual de todos y no de unos pocos, y cumpla así esa misión de forjadora de hombres libres. Ésa es nuestra vocación editorial.

Barcelona, septiembre de 2000 – junio de 2021

## Todavía

*Titulé «Despedida» mis páginas introductorias a la cuarta edición de esta obra en 1973. Nunca pensé a los ochenta años que iba a enfrentar la aparición de alguna otra. Dejé pasar sin introito la quinta, apresuradamente lanzada al mercado literario en 1976 con ocasión de mi regreso a España. No se sorprenda nadie del título «Todavía» que doy a estas páginas. «Todavía» porque aún aliento a pesar de mi edad. «Todavía» porque aún me permito discurrir en torno a esta lejana obra que empecé a pergeñar apenas leída, en 1948, la de Américo Castro, la cual desde el primer momento me pareció errónea y, a la par, funesta; errónea en su contenido y funesta frente al porvenir de España.*

*Esta obra me ocupó largos años de investigación y de elaboración. Pero una vez concluida, no me consagré a su mimo y exaltación y menos a hurgar en sus problemas. Hice algunos retoques y adiciones al lanzar la segunda edición, pero me habría considerado fracasado como historiador si hubiese dedicado el resto de mi vida a insistir en los problemas en ella abordados, como ha hecho en la suya Américo Castro, hasta su muerte. Comprendo y excuso empero la actitud de éste. Necesitaba defenderse de la acogida ora claramente hostil, ora silenciosa y reticente de los estudiosos españoles y extranjeros. No era éste mi caso. Ningún historiador ha intentado seriamente invalidar mi empresa. Y habría considerado que perdía el tiempo, como mirándome al ombligo, al consagrar mi vida a un solo tema.*

*Aparecida esta obra, proseguí mi camino y ahí está la larga serie de mis estudios científicos y de mis recreaciones histórico-litera-*

*rias posteriores a la aparición de estos tomos. Estudios de historia antigua y medieval española y ensayos histórico-literarios que ocupan muchos volúmenes. Nadie osó combatirme de frente. Sólo Castro se irritó y me injurió. No perdí la compostura, repliqué serenamente y seguí trabajando. Y hoy sale la sexta edición de esta obra idéntica a la segunda.*

*Sí, hace ahora veinte años que aparecieron los primeros ejemplares de la primera edición. ¡Seis ediciones en este plazo! ¡Seis ediciones de dos gruesos volúmenes en que fui analizando los problemas esenciales de la Historia de España! ¡Seis ediciones de una obra que no fue escrita para asombrar con fantasías sino para hacer meditar sobre el drama de nuestro ayer! Lo dije en el prólogo de la primera: «Prefiero cabalgar la parda mula del buen sentido que el pura sangre de la imaginación desenfrenada». No, no escribí para el regodeo de los aficionados a los fuegos de artificio sino para iluminar las mentes y los corazones de los hermanos españoles con una visión, al cabo esperanzadora, de su ayer cara a su mañana.*

*No hay en nuestro pasado ninguna tara congénita. Hemos escrito los españoles en el curso de los siglos muchas páginas magníficas de la Historia Universal. Hemos tropezado con gigantescos obstáculos en el trimilenario curso de nuestra navegación histórica. Hemos salvado muchos de ellos y hemos fracasado en otros. Como todos los pueblos acreedores de la humanidad. Y con más justificación que otras comunidades históricas por la conjunción, desdichada, de nuestra situación en el mundo hasta 1492, de las características geográficas del solar en que habitamos y de nuestra herencia temperamental, siempre en dramática mudanza o en dramática afirmación.*

*Pretender explicar la historia de un pueblo es una empresa ardua que fuerza más que al orgullo a la humildad. No cabe dar cortes en los siglos para arrancar de una fecha precisa y de unos precisos sucesos el origen de la formación del talante de la comunidad nacional estudiada. Y es aún menos lícito aventurar explicaciones naturales del ayer de un pueblo, eligiendo una sola de las facies de ese ayer. Me remonté por ello hasta los más lejanos días conocidos de nuestro pasado y procuré, mediante una zigzagueante observación*

*del mismo, descubrir nuestra misteriosa y compleja vida histórica. Y por ello frente al orgulloso y afirmativo título de la obra de Castro: La realidad histórica de España, dubitativo e inseguro, como todo hombre de ciencia, llamé a la mía El enigma histórico de España.*

*¿Dubitativo? ¿Inseguro? Siempre debe estarlo el historiador que no es un puro ensayista —en Argentina dirían un lindo macaneador. La obra de ciencia no puede compararse con los juegos literarios. Un español habituado a un lindo macaneo semanal —perdóneseme el argentinismo, llegué a Buenos Aires en 1940— ha dicho que mi obra se cae de las manos. Me honra que se caiga de las suyas. Pero la aparición de seis ediciones de la misma parece acreditar que ha atraído los ojos de muchos; los ojos y la reflexión de varios millares de lectores.*

*He trabajado intensamente en el acucioso auscultar de la historia durante los sesenta años que llevo consagrado a la investigación científica del pasado hispano y a meditar sobre él; al escudriñamiento de nuestra histórica realidad y a reflexionar sobre ella. Sí, son tan viejos como mis primeros libros eruditos los dos estudios de síntesis que titulé: España y Francia en la Edad Media: causas de su diferenciación política (1924) y España y el Islam (1928). Sí, han sido sincrónicas en mi labor la erudición y la meditación; siempre, siempre claro está desde el nivel peculiar del historiador.*

*Me inclino reverente ante los que quiero llamar pensadores. Pueden permitirse el lujo de elucubrar teorías para explicar la vida nacional de su época. Aunque siempre ingeniosas y a veces profundas, no tienen empero autoridad histórica y brindan de ordinario meras reflexiones sobre la sociedad en que viven y meditan. Nunca se les pasó por la imaginación la orgullosa idea de que habían descubierto la verdad del curso difícil de nuestra historia. Ha sido funesto que Castro se haya arrogado el derecho a juzgar sus fuegos de artificio como maravillosa explicación del ayer y del presente de España. Ha hecho mucho daño a mi patria y no escribo a nuestra patria, porque sólo fue algunos años español. Especialmente porque, como consecuencia de su prolongada residencia en Norteamérica, ha ofrecido, a quienes no conocían ni podían conocer bien el ayer de España, una imagen deformada de nuestra historia; una*

*imagen que viene a sumarse a las que otrora acuñaron nuestros émulos al forjar la Leyenda Negra.*

*He procurado avanzar con rigor en mi labor histórica. No faltan en la grey de los estudiosos hispanos y de todo el mundo quienes creen haber ganado la inmortalidad aventurando teorías históricas que parecen romper las barreras del sonido (perdóneseme la metáfora) lanzando coberturas en pugna con lo sabido y conocido y demostrado; con el prurito de obtener fama en el gremio de los historiadores y de los aficionados a la historia. Torpe empresa porque suele demostrárseles uno a uno sus errores y sus desmesuras. Castro fue más lejos aún, porque no se lanzó a un parir de teorías eruditas, sino a alumbrar —parto difícil— nada menos que a una cuasi mítica explicación de nuestro ayer. Comprendo su rabieta —le he conocido otras, una cuando creyó que Ortega le trataba como un felpudo—, comprendo sus gritos histéricos contra nosotros los historiadores y su amenaza de llevar la polémica a la calle. A la calle la llevó desde el primer día. En vano, porque sus secuaces carecían de autoridad para afirmarla, constituyendo una claue rumorosa pero inválida para dar realidad a sus dislates. Y vuelvo a repetir el desafío que he lanzado muchas veces. Espero tranquilo que alguien me demuestre que he errado en las páginas de esta obra. Que alguien me demuestre que he errado también en mi estudio *El drama de la formación de España y los españoles, complemento y resumen de estos dos volúmenes.**

*Apretado por la enemistad de algunos corifeos de Castro, he dicho alguna vez que estaba orgulloso de mi labor histórica. Rectifico; quiero agradecer al Altísimo la empresa por mí llevada a cabo. He dicho que Dios puso en mi cuna mi inclinación irrefrenable hacia el estudio y la investigación histórica y hacia la meditación sobre los procesos encadenados que integran el ayer. Ahí están acreditándolo, Mis tres trabajos históricos (Valladolid, 1974). Dios me dio las fuerzas y las dotes precisas para cumplir mi misión. Y ha hecho algo más. Me ha apartado drásticamente de las tentaciones y desvíos que habrían podido alejarme de mi inicial camino.*

*Herencia de los míos, de los caballeros abulenses mis abuelos, ha sido mi culto a la dignidad personal. Habría podido volver a España si hubiese consentido en humillarme y claudicar. Otros con*

*mucho más prestigio que yo lo hicieron, Castro entre ellos. El destierro es áspero y difícil. Elegí la senda rectilínea. Dios castigó mi soberbia con problemas familiares que me condenaron a casi dos décadas de soledad. Duras y tristes jornadas que parecían no tener fin. Pero la Providencia quería tal vez —y he escrito un verbo que tiene el más firme significado como expresión de voluntad— quería tal vez que cumpliera mi misión. Le he sido fiel, no quiero estampar otras palabras más orgullosas. Le he sido fiel y he cumplido la misión que me había encomendado. A lo largo de mis cuarenta años de destierro he trabajado, trabajado, trabajado, sin pausa —a pesar de todos los pesares— en el estudio, la investigación y la meditación de la historia española; perdóneseme la insistencia y el orgullo al declararlo. Y no quiero detenerme a registrar con qué dificultades he debido hacerlo. Antes de esta España incógnita y después de ella, en una cadena sin fin de jornadas, he escrutado humildemente nuestro ayer y he procurado desentrañar sus misterios. Y me estoy muriendo a chorros, como podríamos decir vulgarmente, y sigo trabajando. Pero ¿qué otra cosa habría yo podido hacer para ver desfilar una a una las ásperas jornadas del exilio sin hundirme en la desesperación?*

*¡Seis ediciones! Esta obra ha sido traducida al inglés y espera un editor su versión italiana. Algunos me juzgarán satisfecho. No lo estoy porque estos volúmenes son demasiado extensos para llegar al pueblo. Nadie se ha decidido a reducirlos. Y entre tanto, España ha reanudado su navegación histórica y necesita más que nunca conocer su pasado. Un pasado a la par limitador de sus zigzagueos fácticos y prometedor de cambios luminosos y alegres, si los españoles no se dejan envenenar por el tósigo de las negruras del odio y del desánimo.*

*Para no caer en esas sombras deben comenzar por arrojar al fuego del olvido la triste, inexacta, claudicante y sombría explicación semitizante de Américo que castra nuestras posibilidades frente al mañana. No creo haber puesto punto final a la reflexión y al análisis de nuestro ayer. No llega a tanto mi fe en mi trabajo histórico. Vengan enhorabuenas a la palestra otros paladines bien armados. Rectifiquen, amplíen, perfilen, profundicen en el conocimiento interpretativo de nuestro ayer. Pero, por los clavos de Cristo, como*

*me atrevo a decir vulgarmente, como antaño se invitaba a cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid —estúpida receta, era preciso abrirlo para que volviera a cabalgar por los llanos y los serrejones de España— pero por los clavos de Cristo, repito, encierren bajo siete llaves la sombría y delicuescente teoría de Américo Castro, porque a más de ser totalmente equivocada, es funesta para la empresa de hacer renacer a nuestra patria, devolviéndole confianza en sus destinos.*

*Afortunadamente, al correr de los siglos España ha seguido una senda muy diversa de la por Castro imaginada como redentora. Recientemente he discurrido sobre cuál habría sido nuestro ayer y cuál habría de ser nuestro futuro, si nuestra patria hubiera seguido en el pretérito y siguiera mañana las rutas que Américo habría deseado verla recorrer.*

*Respeto todos los sentimientos raciales y por tanto la hebreofilia de Castro, proyección de su ascendencia familiar. Mala consejera empero para juzgar el ayer de España y para enfrentar su futuro.*

*Y quiero terminar este introito a esta sexta edición de España, un enigma histórico llamando a los españoles a reconciliarse entre sí y con su ayer. Nuestros servicios a la humanidad durante la Edad Media y durante los tiempos nuevos justifican o explican nuestro agotamiento en la segunda mitad del siglo XVII. Nuestro quijotismo al enfrentar a Napoleón —ese quijotismo no ha merecido la atención de Castro, aunque tuviera tristes corolarios, los he estudiado en El drama de la formación de España y los españoles— equilibra en la balanza de la historia nuestras crisis decimonónicas. Si Castro hubiese preferido nuestra sumisión al invasor a trueque de que nuestro siglo XIX hubiese sido otro, yo me permitiría avergonzarme en su nombre.*

*Además es empresa estúpida querer volver del revés la manga del tiempo. Nuestro ayer está ahí empujándonos hacia el mañana. Auscultémosle serenos, sin complejos de inferioridad y sin filias raciales. Para hallar una senda clara hacia el futuro. He recordado más de una vez que en nuestra trágica contienda civil se ayuntaron las tres revoluciones, religiosa, política y social, que los otros pueblos de Europa padecieron sucesivamente y que, por tanto hemos*

*superado ayer una difícil coyuntura. Muchas veces he recordado además la copla andaluza: «Los ríos van a la mar / ayer se cayó una torre». Han ido hacia la mar otros ríos nacionales no hispanos otros caudalosos y se han caído desde lo alto de su soberbia otras torres vecinas de la nuestra: las de nuestros émulos y las de nuestros enemigos.*

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ

*4 de abril de 1977, al cumplir ochenta y cuatro años*

## *Despedida*

*Creí necesario exponer la génesis de esta obra al publicarla por primera vez. Mi rigor científico me movió a justificar mi temporal abandono de mis investigaciones analíticas sobre temas ignorados o mal conocidos de la historia española para lanzarme a la aventura de trazar una interpretación histórica de España. Y el mismo rigor de mis trabajos habituales me incitó a explicar qué métodos había empleado en mi nueva tarea. A distancia de quince años sonrío ante mi timidez de otrora y me parece que mi gesto podría compararse con una imaginaria justificación por don Quijote de por qué saltía a desfacer entuertos y del método con que se proponía realizar sus hazañas. No me arrepiento empero de la doble declaración porque ella descubría al cabo la honestidad de mi propósito, dejaba constancia de por qué había osado iniciar mis nuevas jornadas y de cómo no me había metido en libros de caballería acuciado, como Castro, por la orgullosa pretensión de brindar una maravillosa teoría que hiciera caducar cuanto los españoles sabían de su pasado; que no intentaba realizar, como él, una especie de prodigioso descubrimiento de un mundo histórico nuevo, descubrimiento que ganase, para el nuevo Colón, fama imperecedera.*

*No me arrepiento de mi doble declaración porque mi toma de armas, con la intención de deshacer el encantamiento de la historia hispana por un tan poderoso y orgulloso encantador, ponía de manifiesto los quijotescos fines de mi empresa y a la par lo nada pedantesco de mi intento. Al iniciar mi salida por los nuevos campos de Montiel repetía además mis anteriores aventuras contra otros mági-*

*cos prodigiosos de fama universal, contra Mayer, Dahn, Brunner, Dozy, Lévi-Provençal... a quienes había combatido lanza en ristre en defensa de la verdad histórica.*

*Al imprimirse la segunda y la tercera edición de esta obra juzgué oportuno hacerlas preceder de advertencias liminares que reflejaban mi pensamiento en tales momentos frente a los nuevos problemas que iban surgiendo ante mi firme intento de aclarar el misterio de España; me pareció preciso desencantar a la princesa Micomicona de la furia castrista y explicar, por la estirpe racial del encantador, sus desbordes semitizantes... Siempre pensando, claro está, en el presente de España y brindando ideas para el inminente futuro de la misma. Porque creía, había creído y sigo creyendo que la historia está siempre empujando al ayer hacia el mañana. Y porque creía y creo que la historia ha contribuido y debe contribuir eficazmente a la formación de la conciencia nacional.*

*No he juzgado por ello posible prescindir de apostillar esta nueva edición de mi obra cualesquiera que hayan sido las páginas introductorias que han acompañado ya tres veces a las anteriores apariciones de mi España, un enigma histórico.*

*Confieso mi complacencia por la publicación de la cuarta edición de la misma. No la escribí movido por una mera curiosidad erudita ni por sólo invalidar una teoría sobre la historia de España que me parecía equivocada, ni siquiera sacudido por un anhelante amor a la verdad. No negaré la realidad de la presión que sobre mi ánimo ejercieron todos esos móviles distintos. Sin mi innata curiosidad por debelar problemas históricos, sin mi irrefrenable inclinación a enfrentar doctrinas erróneas, sin mi férvida devoción por la verdad en la historia y en la vida, no habría emprendido jamás la gran aventura que constituyó la publicación de estos dos volúmenes. Pero creo que, junto a todas estas causas entrelazadas y conjuntas, me decidió a escribir España, un enigma histórico mi pasión por la patria lejana y perdida.*

*Pertenezco a una generación, a una tierra y a una familia formadas en el doble amor por la libertad y por España. Al margen de la aspereza de sus trallazos críticos, rezumaban amor por la patria las invectivas de la llamada generación del 98. Quienes integramos*

*la inmediata, proseguimos la aventura de nuestros predecesores, con menos retórica y con mejor conocimiento de la realidad histórica pero con no menos devoción. Si nuestros mayores pugnaron por una imposible palingenesia, nosotros aspirábamos a transformar radicalmente a nuestro pueblo. Por ser castellano y por la misma tradición familiar se había quizá acentuado en mí la adoración por la patria hispana. Esa pasión y la otra de mi gente toda por la libertad, no obstante mi evidente falta de temperamento político, me llevaron un día a la República. Los desastres de la cruenta pugna en la que decidí no intervenir me han costado casi cuatro décadas de destierro. Primero en Francia durante la guerra civil, la angustia diaria ante la barbarie de la batalla, y después en Argentina mi dilatada ausencia del solar nacional, han acentuado mis fervores patrios. He pensado cada día y cada hora en la tierra lejana y amada y en sus tragedias de antaño y de hogaño. Ante la publicación de una estulta teoría histórica sobre nuestro estilo de vida, el amor a España me llevó a interrumpir todas mis empresas eruditas y a escudriñar nuestro enigma histórico, con miras a brindar a mis hermanos españoles una esperanza frente al mañana. La reiterada edición de esta obra me ha inclinado a creer que mi aldabonazo no habrá sonado en balde y que mi lanzada en defensa de la verdad habrá sido fecunda. Puesto que miles y miles de lectores han ido agotando las sucesivas ediciones realizadas de este libro, la difusión de mi teoría me inclinaba a pensar que habrá suscitado perspectivas de redención y de mejora en las minorías cultas llamadas a dirigir los destinos de España.*

*No hice la guerra —me pareció monstruoso que los españoles se mataran entre sí— pero voluntariamente acepté la suerte de los derrotados; no he trepado a la carroza de los vencedores, no he claudicado y he vivido y moriré en el destierro. Algunos de los que pelearon en las filas de los triunfadores y que luego «se han pasado al moro» por nobles razones ideológicas unos, otros tal vez a la espera de un mañana político de signo contrario al actual; cuantos no pueden vivir sino sacudidos por un espíritu de violencia y quienes no me conocen o no quieren conocerme, o que no me comprenden o no quieren comprenderme, procuran silenciar mi obra o darla por ca-*

*duca frente a la teoría disparatada que combato en ella. Pero como el público no inficionado de rencores y amor de la verdad ha leído y releído y sigue releyendo mi España, un enigma histórico confío en que ésta será útil para renovar la vida de España, venciendo al grupúsculo de ofuscados a quienes las horas tristes que les ha tocado vivir empujan a admitir como verdades las más estultas y sombrías tesis sobre el ayer de España.*

*Si mi pasión por la patria perdida me decidió a restablecer la verdad de nuestra historia, quienes han seguido mi producción erudita saben cuáles han sido y son mis escrúpulos científicos. Cómo he procurado buscar la verdad con redoblado esfuerzo desechando la tentación de ofrecer deslumbrantes pero prematuras conclusiones. Cómo he procurado agotar la investigación precisa en cada caso antes de aventurar ninguna teoría y sin reparar en el esfuerzo ni en la monótona tarea acometida. Cómo he procurado no dar, como verdades seguras, hipótesis verosímiles pero no comprobadas y no disfrazar jamás, de realidades, conjeturales intuiciones. Cómo he procurado atenerme a las normas rigurosas de la creación histórica respetando la cronología, evitando saltos audaces y vinculaciones teoréticas absurdas y aventando muchos pudo ser, quizá, tal vez, acaso, cuando mi rigor erudito me impedía hacer afirmaciones gratuitas. Cómo he procurado realizar estudios preliminares y tangenciales al iniciado frontalmente para dar bases sólidas a mi exposición y ello a tal punto que a veces he escrito a tal fin algunos libros.*

*Quienes hayan leído mis ensayos saben muy bien cómo me place el cubileteo de las ideas, el juego de las metáforas, las adivinaciones conjeturales... Ante el problema de España, ante la acción que el pasado de la patria puede brindar para su futuro renacimiento total, no he creído lícito sino los análisis más estrictos. Para obtener éxitos literarios no es dable desfigurar nuestro ayer en daño brutal de nuestro mañana.*

*Afortunadamente hay muchos gastadores del vinilo puro de la verdad que saben distinguir lo falso de lo auténtico, y no saludo al gremio de los cultores de la historia sino a los curiosos lectores. Entre los colegas hay unanimidad. Ningún auténtico historiador ha vacilado. Ninguno se ha dejado seducir por el oropel de las alhajas*

*bellas pero falsas. Ninguno se ha dejado deslumbrar por las acrobacias de circo del brillante ensayista a que aludo. Y claro está, pese a todo, la historia la han hecho, la hacen y la harán siempre los historiadores.*

*Mi doble pasión por la verdad y por España se contrapusieron hasta liberar a esta obra de toda carga pasional. Llevo además medio siglo investigando el pasado patrio con celo inexorable. No soy tan estúpido como para presumir de dominar el océano de problemas que ese pasado suscita. Desafío empero a enfrentarme a quienes en su conjunto los conozcan mejor. ¿Orgullo? No he sentido plaza de humilde pero no me he dejado nunca ganar por la soberbia y he reconocido siempre mis limitaciones, y sin embargo vuelvo a repetir el desafío.*

*Católico, liberal y socializante como soy, he evitado el dejarme ganar por fobias y filias. He reconocido las torpezas de los españoles en general y no tenía por qué callar las de alguna minoría visceralmente adorada por quien, según testimonio seguro que he descubierto dos veces, era de ascendencia semita.*

*He dicho en otra parte que para curar los males de España es preciso diagnosticarlos con precisión históricamente. Nadie entregaría su salud al examen de un médico más gustador de las fantasías literarias que de los análisis ceñidos. España está enferma históricamente, pese a su euforia temporal nadie puede desconocer su secular dolencia. No soy tan necio como para pensar que he descubierto las causas de la fatiga hispana y de sus secuelas. Todo diagnóstico requiere empero a la par audacia y saber. En esta obra he puesto a contribución del examen de nuestra historia mi conocimiento científico de nuestro ayer al margen de todo desborde imaginativo y mi celosa reflexión para brindar posibles remedios a nuestro mañana. La historia no se rige por leyes rigurosas pero envía mensajes hirientes que es preciso escuchar.*

*Quisiera que esta obra contribuyese a corregir el pesimismo de unos y el optimismo de otros frente a los destinos de la patria común. Quisiera que moviese a reflexionar a unos sobre la imposibilidad de mantener a España estática y fija en el hoy; y a otros sobre los peligros de los saltos en el vacío. Aunque por fidelidad al quijotismo*

*hispano, como he dicho y repetido, yo, que no hice la guerra, he vivido en el exilio treinta y siete años y en él he de morir, deseo fervientemente que mañana no haya pájaros en los nidos de antaño y que, curados de la locura tradicional de la estirpe, hallemos una senda de concordia en libertad. La historia de España liberada de excrecencias míticas y fabulosas y de sus últimas deformaciones imaginativas permite abrigar la esperanza de que es posible enderezar nuestro camino. En otras advertencias preliminares a esta obra y en el colofón de la misma he apuntado teóricas soluciones. En mis discursos y escritos políticos he brindado, con críticas nunca acervas, sendas de fraterno entendimiento. Sé que mi prédica por la reconciliación de mis compatriotas en un régimen de tolerancia y de libre democracia, poniendo en sordina a nuestras pasiones, a nuestros orgullos, a nuestras violencias, a nuestras sañas, a nuestras ambiciones, me atraerá la burla o el desprecio de tirios y troyanos. Sé que los dos grupos enfrentados lapidarán mañana mi nombre y mi recuerdo. Probablemente a mi exilio en el espacio siga mi destierro de la memoria de mis connacionales cualquiera que sea nuestro imprevisible mañana. No hace temblar mi pluma tan segura perspectiva ni me mueve ésta a alterar ni siquiera a suavizar mi diagnóstico. Quiero que en esta edición de mi obra —última que yo podré prologar puesto que mi vida toca a su fin— quede constancia de mi esfuerzo por mostrar a los españoles y en general a todos los hispanos, cuáles han sido las fallas de su historia para que puedan cambiar en paz nuestras rutas futuras, poniendo a España por cima de ideologías, por serlo, sin remedio caducas, y de intereses nunca puros. De posponer la patria a aquéllas o a éstos los españoles y los hispanos habrán firmado su sentencia histórica de muerte o de cadena perpetua. Se condenarán o a su desaparición como auténticas unidades históricas o a ser sombras de la potencia o de las potencias hegemónicas que tiranicen mañana, pasado mañana y quizá siempre, hasta el fin de la historia, a la gran colmena humana.*

Buenos Aires, 15 de octubre de 1973

## *Ante la tercera edición*

*Sólo las obras literarias consiguen perdurable atención y salvan, a veces, los baches que los cambios del gusto suscitan en el camino de su éxito con el correr del tiempo. Las obras históricas caducan mucho más deprisa. Incluso si son algo más que fruto de la pura erudición, los libros de historia corren graves peligros, especialmente si intentan descubrir la psiquis de una figura de excepción, buscan explicar la etapa de la vida política o cultural de una comunidad nacional o supranacional o procuran interpretar el pasado de un pueblo. Sin remedio, sus autores, por muy asépticos que sean en sus juicios, se dejan ganar por sus propias ideas, pasiones, amores, odios... o por los que hacen vibrar a los hombres de su generación. Y esa seducción unas veces permite y otras fuerza, a nuevos estudiosos, a rectificar la obra histórica más sólida e inteligentemente construida.*

*A la caducidad de las obras históricas contribuye, además, la osadía con que políticos y ensayistas se aventuran a escribir sobre el próximo o lejano pasado. Y el gusto de los auténticos historiadores por saltar las bardas del huerto que cultivan para sentar plaza de profundos o de exquisitos.*

*Declaré en el prólogo a la primera edición de este libro que prefería cabalgar la parda mula del buen sentido que el pura sangre de la imaginación desenfrenada. Quizá por ello esta obra ha conseguido más larga vigencia de la que habitualmente logran sus pares. ¿Sus pares? Sus pares no la alcanzan menor. Aludo a las que han pretendido examinar los mismos temas. De alguna de ellas se han hecho*

*tres ediciones diferentes; diferentes no por las correcciones obligadas que separan las sucesivas reimpresiones de una obra sino por su contenido, distinto y, a veces, incluso contradictorio, como resultado de la ligereza e inseguridad con que fue originariamente escrita.*

*Permítaseme la orgullosa declaración de que no ha sido éste el caso de España, un enigma histórico. Naturalmente, si volviera a escribirla, mejoraría su arquitectura y su estilo, pero no alteraría su doctrina. Porque creo que aún tiene vigencia y que la tendrá todavía por años, la reedito por tercera vez como apareció por vez segunda. Ningún historiador ha disentido de mi interpretación del pasado de España. Sólo los ensayistas ignorantes de lo que es en verdad la historia y en verdad desconocedores de la historia española, siguen adhiriendo todavía a las lucubraciones contra las que me alcé. Sus descarríos hacen aún necesario el tono polémico de las primeras ediciones de este libro.*

*Las investigaciones históricas realizadas durante los tres quinquenios que tiene ya el original primigenio de esta obra han ido confirmando mis teorías. Y diversos estudiosos las han hallado acordes con la misma concepción historiográfica general en estos años. En la acera de enfrente continúan, empero, sin enterarse y sin prestar atención a los investigadores cuyos trabajos no riman con la obsesiva explicación del ayer español por el absurdo camino de una torpe discriminación racial. Haría sonreír, si no produjera indignación, el desdén hacia todos los complejísimos problemas internacionales, políticos, financieros, económicos, sociales... que integran la auténtica trama de la edad conflictiva de nuestra historia moderna del siglo XV al XIX para centrar el curso de nuestro pasado en torno al conflicto que apartó, en ocasiones, a los conversos de la sociedad hispana de la época. Causaría risa, si no provocara indignación, el intento de interpretar nuestra historia por la sangre hebraica que tuvieron algunos, muy pocos, españoles ilustres y por la incapacidad de quienes carecían de ella para las ciencias, las técnicas y las actividades económicas y financieras. Por ese camino se ha llegado a una especie de panjudaísmo, reverso evidente del que produjo tan crueles desdichas en la Alemania nazi.*

*Ha bastado para explicar la mística teresiana que uno de los cuatro abuelos de santa Teresa fuese hebreo. Las otras herencias sanguíneas de la misma no habrían significado nada en la vida de la santa. Y no habría importado nada la cúpula cultural y vital en que vivió. Como Teresa de Ávila no pudo conocer la mística semítica ni en su hogar ni en los claustros donde desde muy niña se formó, las singularidades de sus concepciones habrían sido puro resultado de su cuarterón de sangre judaica. Lo que obligaría a concluir que las corrientes culturales en que se la supone inmersa ¡¡habrían llegado hasta ella por su pura corriente sanguínea!! ¡¡Cuánta facecia!! Su misma sangre corría además, por las venas de sus propios hermanos que vinieron a América y que en ella pelearon. Pero, ¿por qué negar la posibilidad de que santa Teresa gozara a nihilo sus experiencias místicas? ¿Por qué volver por pasiva la aberrante teoría hitleriana del abuelo judío?*

*La fuerza de la sangre israelita habría decidido también la vida espiritual de otros muchos españoles, porque se ha hecho judíos a cuantos sobresalieron en cualquier género de actividades culturales o políticas. Ha habido una delectación en negar la capacidad creadora de los cristianos viejos. A veces, ha bastado lo brillante o tolerante del pensamiento de un español para encasillarle, sin otra razón suficiente, en el gremio de los hebreos... España debe a muchos de éstos grandes creaciones literarias y científicas. No seré yo quien les regatee su crédito. Pero los conversos no habrían sido lo que fueron, si ellos y sus antepasados no hubiesen nacido y vivido en España. En medio de españoles que no fueron bárbaros ni pobres de espíritu incapaces de conseguir grandes y nobles ideas y de grandes y fecundas creaciones espirituales y materiales. En medio de españoles de cuyo estilo de vida y estructura mental recibieron impacto profundo y demostrable. Tan profundo y tan evidente que en la mayoría de los casos es imperceptible su trasfondo israelita ni en los frutos de su pensamiento ni en sus otras actividades humanas.*

*Sólo la voz de la sangre sólo acaso la inconsciente pero auténtica voz de la sangre ha podido lanzar a la creación de ese panjudaísmo a una mente clara y profunda. Me niego a creer que, sin ser obnubilado por ella, nadie habría podido olvidar toda la enjundia de*

*nuestra historia ¡para dar relieve al miedo de un converso al saber que había ido a vivir en sus vecindades un familiar del Santo Oficio! Ni habría podido cerrar el estudio de la historia en una permanente cacería de españoles sospechosos de haber sido nietos de judíos. Ni habría podido dar por válidos los argumentos por él y por el papantismo de sus seguidores alegados para hacer judíos a Juan de Mena, a Colón, a Las Casas, a Fernández de Oviedo, al autor del Lazarillo, al Greco, a Cervantes, etcétera etcétera. Ni para suponer obra de conversos el levantamiento comunero, el erasmismo, el teatro, la novela picaresca... Ampliando mis alegatos, diversos estudiosos han demostrado y subrayado lo inexacto de tales afirmaciones y lo reducidísimo de las piezas cobradas en lo que antes he calificado de permanente y ahora me atrevo a llamar peregrina cacería. Y han hecho notar que aplicando la pauta empleada en ella para hacer judío a un escritor, deberíamos declarar de estirpe de conversos a Quevedo, cuya genealogía es conocida*

*Sólo la inconsciente voz de la sangre hebraica del gran montero de tal cacería puede esclarecernos la realización de la misma con total desdén de lo que podríamos llamar sociología literaria, es decir, de la permanente vinculación de la literatura con la vida de la sociedad en que aquélla florece, y con desdén de la indiscutible proyección del yo de cada autor, cualquiera que sea su raza o su época, en las creaciones de su espíritu.*

*Es forzoso hacer historia acallando la voz de la sangre. Y calculando el daño que puede hacerse a la conciencia natural española al lastrar las posibilidades creacionales de nuestro pueblo. Lastre brutal, si hubiésemos sido capaces de brutales desbordes de activismo.*

*¿Cómo explicar sin el triunfo de un inconsciente resentimiento racial la total anulación del crédito cultural de los españoles en el mundo a través de la historia? ¡Qué tremenda injusticia! Las empresas literarias de los hispano-romanos no deberían nada a la estirpe peninsular de sus autores. Las creaciones espirituales de los musulmanes de España —españoles de origen, a veces, sin gota de sangre oriental y de tardíos y no fáciles contactos vitales y espirituales con Oriente— tampoco deberían nada a la estructura mental de sus antepasados de Hispania. Los moradores en los reinos cristianos ha-*

*brían sufrido un decisivo impacto cultural y vital, de los islamitas sureños, orientalizados por artes de magia en un abrir y cerrar de ojos, impacto que explicaría el Cantar de Mio Cid, Berceo, Alfonso el Sabio, la crónica de Jaime I, el Arcipreste, etcétera, etcétera, y así hasta las Meninas de Velázquez... Después, todo: las letras, el pensamiento, la mística, las doctrinas políticas, la ciencia española... habrían sido obra de conversos. Y, por si no fueran suficientes tantas sombrías e infundadas negativas, se ha llegado a afirmar que los españoles no podríamos liberarnos jamás ya de nuestra cruel y triste herencia temperamental.*

*El pesimismo de los hombres del 98 o de Ortega y sus seguidores fue un revulsivo provechoso. No pretendieron, además, cimentar sus trallazos en una científica explicación de la historia de España. Incluso la España invertebrada fue, a las claras, una proyección más intuitiva que científica del pasado español. Nadie juzgó tales interpretaciones de la vida hispana sino como ensayos literarios, sin trasfondo histórico —¿Quién cree hoy que España haya debido sus males a la alcoholización romanística de los godos?— que brindaban remedios a los problemas actuales de la patria. Todos, al cabo, desbordan, además, amor a la misma.*

*El ensayista a quien vengo aludiendo, metido a historiador por su mala ventura y de la ciencia histórica, se ha atrevido a afirmar en el año pasado y en una revista francesa que la historia de España en vigor es una maraña de errores y leyendas. «Díjolo Blas, punto redondo», podríamos decir con palabras que los campesinos de mi tierra castellana emplean cuando alguien lanza una rotunda e infundada afirmación. De mis lejanos maestros Hinojosa y Menéndez Pidal aprendí a dudar y a no aventurar juicios que no pudiera demostrar personalmente. Invito a nuestro injundioso debelador a probar su gratuita y sañuda condenación de las conclusiones de los estudiosos de la historia española. Le invito a descender de la altanera nube desde la que se ha atrevido a lanzar rayos jupiterianos contra nosotros para deleite de los lectores franceses y a demostrar científicamente lo que ha escrito con su habitual orgullo. No podrá naturalmente cobrar ninguna presa en esta nueva cacería, no de judíos sino de estulticias de los cultores de la historia hispana.*

*Ha sido muy grave el daño hecho al futuro de nuestro pueblo por las sombrías fantasías contra las que antaño reaccioné y ahora me alzo de nuevo. Por mi oposición a tanta facecia han incluido mi obra en la serie de las publicadas otrora por Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal. Me ha honrado tal emparejamiento. Y no lo rechazo aunque signifique una acusación no velada de intencionada devoción hacia las cosas de España. He combatido, sí, el irritante regodeo en negar la potencialidad y originalidad creacional de los españoles y en afirmar las torpes proyecciones de nuestra herencia psíquica y vital. No he necesitado disimular, sin embargo, para ello las sombras de nuestro ayer.*

*Aspiré al escribir esta obra, y aspiro ahora al reeditarla, a romper el mágico encantamiento de nuestro futuro potencial por la doctrina que combatí y que sigo combatiendo. Aspiré y aspiro a mostrar a los españoles que nuestros males tienen remedio. Que no padecemos una incurable tara que nos condene a arrastrar nuestras dolencias de modo perdurable. Que existe una unidad de historia y de destino entre cuantos habitamos en la Península. Y que si hicimos otrora juntos maravillas, nuestro mañana pende de nuestra voluntad.*

*Ninguna barrera infranqueable se alza en nuestro camino. Es prodigioso el esfuerzo que antaño realizamos para sobrevivir a las muchas tronadas a que debimos hacer frente. Confiados en nosotros mismos podemos mirar el futuro con optimismo. Todos los pueblos han padecido grandes crisis. Ya no es nuestro imperio el único caduco; perdidos los suyos, nuestros émulos o nuestros enemigos son hoy sombras de lo que fueron. Necesitamos, sí, romper las tinieblas del pesimismo, deponer nuestros odios para que nuestro adversario deje de ser nuestro enemigo y superar la brutal bipolarización política y psíquica que ha caracterizado a nuestra historia desde hace siglo y medio. Nuestras fallas temperamentales pueden ser vencidas por una inteligente acción común, siempre que la conciencia histórica de la colectividad ponga tensos los resortes del quehacer nacional. España es capaz de una mudanza ascensional decisiva. Todo ha cambiado y seguirá cambiando en la historia y ha cambiado y puede cambiar en la de España. Olvidemos, o mejor dicho, supe-*

*remos nuestro triste ayer y nuestro triste hoy, seguros de la potencialidad creadora de un pueblo sin problemas raciales; y perdónese me la repetición machacona de la frase subrayada.*

*No hay leyes hereditarias que decidan la vida de las comunidades históricas. Ni somos prisioneros de inexorables leyes económicas que impongan rumbos al mañana. No olvidemos que la historia es la hazaña de la libertad y la libertad la hazaña de la historia. Todo pueblo se ha hallado muchas veces en el curso del ayer ante difíciles encrucijadas en las que ha podido elegir su camino a su albedrío. Contribuimos eficazmente a crear la civilización occidental y nos consagramos a su servicio. En ese servicio se forjó nuestro estilo de vida, pero nos agotamos y llegamos a vivir al margen del ímpetu creacional de Europa. Asistimos a la crisis de la sociedad y de la cultura occidentales. España, los españoles pueden enfrentarla con más confianza que los otros pueblos de Occidente, precisamente, por lo relativamente singular de nuestra herencia temperamental y por lo marginal de nuestra vida de ayer bajo la vieja y caduca cúpula cultural, hoy resquebrajada. Podemos enfrentarla esperanzados, siempre, claro está, que con una sonrisa —no merece otra cosa— apartemos la sombría concepción peyorativa de nuestro ayer, que he combatido.*

*Podemos incluso sacar partido de nuestras fallas. En esta misma obra he escrito: «El hiperindividualismo de los españoles puede conducir a la anarquía o puede ser un impulso creador, si se logra transmutarlo en individual emulación y en fuerza selectiva y se destila de él lo que en él hay de confianza en la propia acción de cada uno y de espíritu de empresa». Y podría brindar otras semejantes posibilidades de transformación de nuestras ancestrales flaquezas en virtudes promisorias.*

*Necesitamos ante todo tener fe en España y en nosotros mismos. No dudar de la capacidad de los españoles para hacer lo que hayan hecho y hagan los pueblos más inteligentes de la tierra. Y para, olvidados de nuestras supuestas frustraciones creacionales, aplicar todo el potencial humano que existe en nosotros a renovar la vida hispana.*